
EL
ESPECTADOR
INCORRECTO

UNA

POR QUÉ ES BUENA LA ESPECULACIÓN, por Daniel Lacalle. TODA NECESIDAD NO ES UN DERECHO, por Pedro Schwartz. LA CRISIS RECURRENTE DE LA EDUCACIÓN, por Alicia Delibes. POR UN CAMBIO DE MODELO LABORAL, por Federico Durán López. LA ORIGINAL CHISPA BRITÁNICA, por Tom Burns Marañón. ESPAÑA PAÍS DE CÁRTELES, por Amadeo Petitbó.

MIRADA

ERROR Y CORRUPCIÓN DEL REGENERACIONISMO, por Benito Arruñada. LAS TRAMPAS DE LA DESIGUALDAD, por José Luis Feito Higuera. EL LEGADO DE OBAMA, por Ángel de la Fuente. LA CAÍDA DE WALL STREET, por Antonio Camuñas. ¿EL FINAL DEL MILAGRO CHINO? por Luis Torras. EL INEXTINGUIBLE HAMLET, por Teodoro Dalrymple. ELOGIO DE LAS

LIBERAL

GRANDES EMPRESAS, por Juan Ramón Rallo. LA ENRAIZADA FASCINACIÓN POR LO PÚBLICO, por Pedro Fraile Balbín. SER LIBERAL EN CATALUÑA, por Antoni Fernández Teixidó. EL PORQUÉ DE LA CORRUPCIÓN, por Lorenzo Bernaldo de Quirós. ¿POR QUÉ DAÑAR LAS TRANSACCIONES FINANCIERAS? por Manuel Andrade. ¿REGRESO DE LOS POPULISMOS? por Jon

AL

Juaristi. SIEMPRE MEJOR LA REFORMA QUE LA RUPTURA, por José Juan Ruiz. LA SANIDAD NO ES UN DERECHO, por Leonard Peikoff. POLÍTICAS ECONÓMICAS CON RECTO CRITERIO, por Juergen B. Donges. EL SOCIALISMO COMO ERROR, por Jesús Huerta de Soto. CONTRA LA OBSESIÓN POR VOTAR TODO, por Fernando Fernández Méndez de Andés.

MUNDO

ILUSTRACIONES: MIGUEL SANTAMARINA

La caída de wall street

La última recesión ha tenido consecuencias dramáticas sobre la moral pública. Ha aflorado en todo su esplendor el relativismo de los ciudadanos que quieren libertad sin el esfuerzo que implica mantenerla



POR ANTONIO CAMUÑAS

ESTAS LÍNEAS PARTEN de la premisa de que, del mismo modo que la caída del Muro de Berlín en 1989 dio paso al desmoronamiento del bloque soviético, levantó acta de defunción de una de las ideologías más persuasivas de la historia y alteró el devenir de los tiempos en favor del sistema capitalista occidental, el hundimiento de Wall Street en 2008 ha supuesto una convulsión de similar trascendencia, cuyas consecuencias no han hecho más que empezar a vislumbrarse en el horizonte inmediato. Para fundamentar este paralelismo resulta imprescindible hacer un breve repaso histórico de lo acontecido durante estos últimos 25 años.

Recordemos que la caída del Muro se debió a la suma de una serie de factores. En el orden interno, las reformas de Gorbachov buscaban dar oxígeno a un régimen agonizante con una ciudadanía cada vez más descontenta y activa en su oposición a los dictados de Moscú. Desde el exterior, el imperio soviético fue minado de manera simultánea por el órdago de la llamada guerra de las galaxias de Reagan y por el sobrehumano liderazgo moral del entonces Papa Juan Pablo II.

No cabe duda que Occidente pudo ponerse la medalla de haber creado un contexto propicio para la extinción de la tiranía soviética cuyas consecuencias no se asimilaron hasta meses después. La sacudida de aquel 9 de noviembre —que a la postre arrastraría a la temida superpotencia atómica— no era un asunto menor ni sencillo de asimilar. Tomó tiempo ir

asumiendo las mentiras que escondía tras sus electrificadas alambradas: la corrupción generalizada, la escasez y el desabastecimiento, la polución, el penoso estado de sus infraestructuras y de su armamento... Todas las utopías asociadas al paraíso comunista iban quedando en evidencia a medida que, una tras otra, iban cayendo las fichas de un dominó presidido por la represión de las dictaduras socialistas.

El hundimiento del muro de Berlín mantuvo noqueada y fuera de juego a la izquierda durante dos décadas

En este nuevo escenario, la izquierda mundial sufrió un revés sin precedentes que la mantuvo noqueada y fuera de juego durante los siguientes 20 años. El descubrimiento de sus vergüenzas le hizo perder la seductora narrativa con la que había conquistado a medio mundo, incluyendo a buena parte de la intelectualidad occidental. A partir de ese momento, su papel en el escenario se redujo al de mero comparsa del modelo que había ganado por goleada el pulso por la supremacía planetaria.

Pero los dos mandatos de Reagan, en los que EEUU vivió el mayor periodo de recuperación de su historia económica en época de paz, dejaron también un déficit presupuestario estructural así como medidas desregulatorias en el sector financiero que jugarían

un papel significativo en los acontecimientos posteriores. Mientras los bancos de inversión multiplicaron su tamaño al permitírseles salir a bolsa, se inició la etapa del apalancamiento y de los bonos-basura, primeros indicios de lo que habría de llegar unos años después.

ESTANCAMIENTO. A la vez que el mundo festejaba la caída del comunismo, en Estados Unidos se produjo el estancamiento de 1989, que Baker y Volcker conjuraron en los famosos acuerdos del Plaza (el famoso *soft-landing*). Fue, efectivamente, una recesión corta y poco traumática pero dejó dos secuelas importantes de las que el gigante del norte no se ha recuperado aún: la del sector exterior, convertido en el nuevo motor de la recuperación americana, y la desconfianza de los consumidores estadounidenses, que alcanzó su punto más bajo desde los desgraciados años de Jimmy Carter.

Para entonces Francis Fukuyama ya había decretado *El Fin de la Historia* y el mundo no tardó demasiado en iniciar una dinámica sin freno propiciada por la globalización del comercio, una política monetaria expansiva, el desarrollo de las herramientas tecnológicas, unido a la entrada de los nuevos países emergentes y los antaño países satélites en la nueva órbita política y económica occidental.

En una atmósfera dominada por las enormes posibilidades de los llamados Dividendos de la Paz y mientras se desmantelaban las estaciones de la CIA y de la KGB

en medio mundo, Bill Clinton tomó dos medidas adicionales de enorme trascendencia: la abolición de la *Glass-Steagall Act* y la rebaja de garantías para solicitar hipotecas a las clases más desfavorecidas.

La Unión Europea, por su parte, dio la bienvenida al nuevo milenio desde una Alemania reunificada y con una prometedora moneda única, mientras que George W. Bush habría de enfrentarse un año después con el atentado del 11 de septiembre. Las consecuencias de la implantación del euro en el Viejo Continente, la drástica bajada de tipos de interés en EEUU y la oferta de nuevos y sofisticados productos financieros se encargaron de desbaratar el plan de un crecimiento sin fin: la quiebra de Lehman Brothers y de la aseguradora AIG afectaron gravemente a sectores enteros de la economía y llevaron a 30 millones de personas al desempleo, volatilizando de un plumazo los ahorros y planes de pensiones de muchos millones más. Tan sólo 18 años después de la caída del Muro de Berlín, el epicentro financiero de Occidente se derrumbaba y entrábamos en la mayor recesión económica conocida, de la que todavía no hemos logrado salir.

Basta un poco de perspectiva para encontrar paralelismos significativos entre lo sucedido en 1989 y en 2008, sobre todo si aplicamos la óptica con que ambos sucesos se analizan desde ideologías opuestas. Así, donde en el bloque soviético había una nomenclatura ineficiente y corrupta

que todo lo abarcaba, en Occidente se denuncia un universo de puertas giratorias por el que entraban y salían reguladores, banqueros, políticos, agentes calificadoros, incapaces primero de prever las consecuencias de lo que se avecinaba y decididos a llevar a cabo un arriesgado ejercicio monetario para salvar a bancos, fon-

amortiguador del telón de acero, había dejado de ser prioritario para unos EEUU con nuevos frentes que atender. La principal amenaza de Europa no es de índole bélica sino que anida en las propias carencias del Viejo Continente gestadas durante cuatro décadas de Pax Americana: A su alarmante pérdida de competitivi-



dos, aseguradoras y cualquier activo cotizado a costa de empeñar el futuro de las generaciones venideras. Allí donde unos vieron el final del espejismo colectivista, otros se jactan de que el paraíso del eterno progreso capitalista tenía los pies de barro.

Europa Occidental ha sido posiblemente quien más ha salido perjudicada de la llamada Revolución de la Libertad. El santo y seña de la Europa de la postguerra, el Estado del Bienestar, creado bajo el paraguas militar estadounidense como colchón

en los nuevos mercados globales y su escalofriante horizonte demográfico debido al acelerado envejecimiento de la población hay que unir el creciente descontento de sus habitantes.

El desplome de Wall Street hubiera sido la oportunidad perfecta para que la izquierda hubiera desempolvado argumentos de peso guardados en el baúl de los recuerdos. Y si no fue así se debe exclusivamente a la victoria de Barack Obama en las presidenciales de 2008. La llegada a la Casa

(sigue en página siguiente)

(viene de página anterior)

Blanca de este *outsider* que supo y pudo desbancar a la candidata del aparato y otrora primera dama, Hillary Clinton, supuso un decisivo frenazo de última hora. El entusiasmo que supo despertar el que un afroamericano de izquierdas fuese el inquilino de la Casa Blanca obligó a un atemperamiento del resurgir progresista a la espera de acontecimientos. Los dos mandatos de Obama, han brindado, pues, ocho años de gracia para que Occidente intentara recomponer su calamitosa situación económica. Un tiempo prestado del que apenas quedan dos años disponibles antes de que se dé por terminada la etapa de quien ha demostrado ser mucho mejor candidato que presidente.

Con todo, no han sido éstos años baldíos para la izquierda, que ha aprovechado el tiempo para refinar su discurso y generar algunos argumentos novedosos de gran pegada a ambos lados del Atlántico: la teoría de las élites extractivas de Acemoglu es una de las que ha calado más profundamente, si bien no puede compararse con el efecto de la puesta en circulación del concepto de desigualdad por Thomas Picketty, cuya capacidad de seducción transversal es infinitamente más poderosa que la sempiterna bandera de la pobreza.

LA CRISIS. En estos ocho años, Occidente se ha afanado en poner parches aquí y allá por todo tipo de medios. Se han multiplicado los foros y conferencias internacionales para analizar las causas de la crisis y sus posibles remedios, de los que han salido propuestas tan grandilocuentes como ineficaces. Simultáneamente, los países democráticos han visto un creciente deterioro de sus dirigentes e instituciones, mientras que los sistemas judiciales han demostrado su incapacidad para hacer cumplir las leyes que limiten el poder de los gobernantes, la codicia de los poderosos y los abusos de quienes han hecho de la beneficencia del Estado una norma de vida.

Los dirigentes e instituciones de los sistemas democráticos se han deteriorado, lo mismo que los sistemas judiciales

Se ha intentado la regeneración, apelando unos valores retóricos que son, en la práctica, ajenos a la realidad de Europa y los Estados Unidos, sus principales valedores, pues los basamentos que permitieron la gestación de la civilización occidental han sido arrinconados en beneficio de la tecnología, el consumo y el bienestar, amparados en una concepción materialista de la libertad y de los derechos que han sustituido a la verdadera libertad como bien supremo. Todo ello se ha ido traduciendo en un descontento de la ciudadanía rayana en la exasperación ante un horizonte incierto (¿cuándo no lo ha sido?) y unas expectativas defraudadas, lo que pone en cuestión el orden establecido y alimenta fantasmas populistas de distinto signo en la práctica totalidad de los países europeos.

Por razones obvias, el paralelismo entre la caída del Muro y el hundimiento de Wall Street excluye aspectos que no son dignos de comparación, pues las atrocidades llevadas a cabo por los comunistas no encuentran parangón en el Occidente democrático. Aquí los problemas son otros, pero no necesariamente menores. El drama de Occidente se encuentra sobre todo en la mentalidad de sus ciudadanos y ha sido generado de manera paradójica por siete décadas de un crecimiento pacífico e ininterrumpido. El fenómeno no es novedoso: ya ocurrió algo similar cuando el impresionante progreso alcanzado con la Revolución Industrial dio paso

Hay una creciente crispación entre una población aburguesada y decadente, cada vez más irritada ante la adversidad

a la gestación de las ideologías totalitarias. La capacidad del ser humano para amortizar cualquier mejora parece ser una constante en su naturaleza.

En esta nueva etapa de nuestra historia, la consagración del relativismo moral ha generado una confusión en todos los órdenes de la vida, incluyendo el de los valores, cuya jerarquía ha sido subvertida de manera contumaz en aras de un concepto de "autopropiedad" que confiere a la libertad tintes economicistas alejados de la dimensión histórica, ética y religiosa sobre los que dicha libertad se fundamenta. En última instancia, disfrutar de la libertad sin el esfuerzo que implica mantenerla, el tratar de eludir a toda costa los riesgos que la vida conlleva, ha hecho mella en una población aburguesada y decadente cada vez más irritada ante la adversidad, a la vez que incapaz de asumir el reto de superarla.

CRISPACIÓN. La crispación se ha convertido en una pulsión constante que es reflejo de una creciente intolerancia no solo ante fenómenos que no deberían ser permitidos, sino con respecto a cualquier factor que altere nuestra manera personal de ver las cosas. Conlleva la existencia se ha convertido en una carga intolerable que los demás tienen que aliviar. Esta concepción nihilista del mundo, que no augura más que desencanto, frustración y desorden social, solo puede ser superada por un ferviente deseo de reconquistar la libertad verdadera, que –por su propia naturaleza– es por completo ajena a la angustia vital que atenaza a nuestras sociedades. De lo contrario, resultará sencillo vender nuevos elixires y panaceas con los que esclavizar al ser humano tal y como ya estamos comprobando en nuestro país. Los años transcurridos entre 1989 y 2008 se han encargado de desmentir a Fukuyama. La Historia no había terminado. Por el contrario, todo parece indicar que no ha hecho más que volver a empezar.

Antonio Camuñas es presidente de Global Strategies.